

ideas que representa, á la inmensa copia de años que recuerda á la reflexion, ora en lo pasado, ora en lo venidero, y al salir de su recinto parece que se pasa de los pensamientos celestiales á los intereses del mundo, y de la eternidad religiosa al aire ligero del tiempo.

Corina hizo notar á lord Nelvil, luego que estuvieron fuera de la iglesia, que encima de sus puertas estaban representadas en bajos relieves las metamorfosis de Ovidio. — En Roma, dijo, no escandalizan las imágenes del paganismo, cuando las han consagrado las bellas artes, porque las maravillas del genio dan siempre al alma una impresion religiosa, y hacemos homenaje al culto cristiano de todas las obras maestras que inspiraron los demas cultos. — Osvaldo se sonrió de esta explicacion. — Creedme, milord, continuó Corina, hay mucha buena fe en los sentimientos de las naciones, cuya imaginacion es muy viva. Mas hasta mañana; os llevaré, si gustais, al Capitolio; espero proponeros todavía muchas correrías; ¿partireis, cuando se hayan terminado? ¿acaso.....? Detúvose, temiendo haberse excedido. — No, Corina, respondió Osvaldo, no, no renunciaré á este relámpago de felicidad, que tal vez hace brillar sobre mí de lo alto del cielo un ángel tutelar.

CAPITULO IV

Al otro dia partieron con mas confianza y serenidad Corina y Osvaldo : eran dos amigos que viajaban juntos, y empezaban á decir *nosotros*. ¡Ay, qué dulce es este *nosotros*, pronunciado por el amor! ¡Qué declaracion contiene, expresada con timidez, y no obstante con viveza!—¿Vamos al Capitolio? dijo Corina. — Sí, vamos, respondió Osvaldo, y su voz decia con tan sencillas palabras cuanto puede sentirse : ¡tan tierno y tan dulce era su acento! — Desde lo alto del Capitolio, cual está ahora, dijo Corina, podemos fácilmente descubrir las siete colinas, las recorreremos todas una tras de otra; no hay ninguna que no conserve huellas de la historia.

Corina y Osvaldo siguieron el camino llamado en otro tiempo Via sacra ó la Via triunfal. — ¿Pasó por allí vuestro carro? dijo lord Nelvil á Corina. — Sí, respondió ella, ese antiguo polvo debia admirarse de llevar tal carro, pero se han impreso tantas huellas delincuentes en este camino, desde la república romana, que se ha debilitado mucho el sentimiento de veneracion que inspiraba. — Corina se hizo llevar luego al pié de la escalera del Capi-

tolio actual : la entrada del Capitolio antiguo era por el foro. — Quisiera, dijo Corina, que esta escalera fuese la misma que subió Espicion cuando, repeliendo la calumnia con la gloria, fué al templo para dar gracias á los dioses de las victorias que habia conseguido. Mas esta nueva escalera, este nuevo Capitolio ha sido edificado sobre las ruinas del antiguo, para recibir al pacífico magistrado que lleva hoy solo aquel nombre inmenso de senador romano, objeto en otro tiempo de los respetos del orbe. Aquí no tenemos ya mas que nombres ; pero su armonía, su antigua dignidad, causan una especie de sacudimiento todavía, una sensacion bastante suave, mezclada de pena y de placer. El otro dia pregunté á una pobre mujer, á quien encontré casualmente, dónde vivia. En la Peña Tarpeya, me dijo, y esta palabra, aunque desnuda de las ideas que excitaba, obra en la imaginacion.

Paráronse Corina y Osvaldo para considerar los dos leones de basalto que hay al pié de la escalera del Capitolio (1) : proceden de Egipto, y los escultores egipcios imitaban con mucho mas genio la figura de los animales que la de los hombres : estos leones son

(1) Los mineralogistas aseguran que estos leones no son de basalto, por cuanto no puede existir en Egipto la piedra volcánica que hoy se llama así ; pero como Plinio nombra basalto la piedra egipcia de que están hechos estos leones, y el historiador de las artes, Winckelman, les conserva tambien este nombre, ha parecido podia usarse en su primitiva acepcion.

noblemente mansos, y su especie de fisonomía es la verdadera imágen de la tranquilidad en la fuerza.

A guisa di leon, quando si posa (1).

DANTE.

A poca distancia de estos leones se ve una estatua mutilada de Roma, que los Romanos modernos han colocado en aquel sitio, sin pensar que daban así el emblema mas perfecto de su Roma actual. No tiene aquella estatua cabeza ni piés, pero el cuerpo y la vestidura tienen todavía bellezas antiguas. En lo alto de la escalera están dos colosos que representan, segun se cree, á Cástor y Pólux, despues los trofeos de Mario, y luego dos columnas miliares que servian para medir el universo romano, y la estatua ecuestre de Marco Aurelio, hermosa y serena en medio de aquellas diversas memorias. Todo está allí, los tiempos heroicos representados por los Dioscueros, la república, por los leones, por Mario las guerras civiles, y los tiempos felices de los emperadores por Marco Aurelio.

Siguiendo adelante hácia el Capitolio moderno, se encuentran á diestra y siniestra dos iglesias construidas sobre las ruinas del templo de Júpiter Ferebrio y de Júpiter Capitolino : enfrente del vestibulo hay una fuente presidida por dos rios, el Nilo, y el Tiber, con la loba de Rómulo : no se pronuncia el nombre del Tiber, como el de los demas rios sin

Al modo del leon, cuando reposa.

gloria; es una de las delicias de Roma decir: *Lle-
vadme á las márgenes del Tiber; atravesemos e.
Tiber*; y parece que pronunciando estas palabras
se evoca la historia, y se reaniman los muertos.
Yendo al Capitolio por la parte del foro, se hallan
á la derecha las cárceles Mamertinas: estas cár-
celes fueron construidas primero por Anco Mar-
cio, y servian entónces para los reos comunes; pero
Servio Tulio hizo despues abrir debajo de tierra
otras mucho mas crueles para los reos de Estado,
como si estos delincuentes no debiesen ser tratados
con mas indulgencia, por cuanto pueden haber er-
rado de buena fe. Yugurta y los cómplices de Cati-
lina murieron en aquellas cárceles, donde tambien
dicen estuvieron encerrados san Pedro y san Pa-
blo. A la otra parte del Capitolio está la Peña Tar-
peya, y al pié de esta peña se encuentra hoy un hos-
pital, llamado *el hospital del Consuelo*. Parece que
el carácter severo de la antigüedad y la mansedum-
bre del cristianismo se han reunido en Roma, rom-
piendo los siglos, y se ostentan á la vista y á la
reflexion.

Quando llegaron Osvaldo y Corina á lo alto de la
torre del Capitolio, le enseñó esta las siete colinas
la ciudad de Roma limitada primero al monte Palatino,
despues á las murallas de Servio Tulio, en que se
contenian las siete colinas, y por fin á los muros
de Aureliano, que todavía sirven de recinto á la
mayor parte de Roma. Corina recordó los versos de

Tibulo y de Propercio, que se ufanan de los es-
casos principios, de donde se alzó la señora del
orbe (1); el monte Palatino solo fué Roma algun
tiempo; mas despues el palacio de los emperadores
llenó el espacio que bastó ántes á una nacion entera.
Un poeta del tiempo de Neron, hizo con este motivo
este epigrama (2): *Roma será presto un palacio no
mas. Id a Veios, Romanos, si es que ese palacio no
ocupa tambien á Veios.*

Las siete colinas tienen sin comparacion ménos
altura que en otra época, cuando merecian el nom-
bre de *montes escarpados*: Roma moderna está
edificada cuarenta piés sobre Roma antigua; los
valles que separaban las colinas casi se han ce-
gado con el tiempo y con las ruinas de los edificios;
pero lo que es mas extraño, un hacinamiento de
vasos rotos ha levantado dos colinas nuevas (3); y
estos progresos, ó por decir mejor, estas reliquias
de la civilizacion, que igualan los montes con los
valles, y borran así en lo moral, como en lo fisico,
todas las bellas desigualdades producidas por la

(1) *Carpite unne, tauri, de septem collibus herbas,
Dum licet. Hic magnæ jam locus urbis erit.*

TÍBULO.

*Hoc quodcumque vides, hospes, quam maxima Roma, est,
Ante Phrygem Ænean collis et herba fuit, etc.*

PROPERCIO, lib. 4, el. 1.

(2) *Roma domus fiet: Veios migrate, Quirites;
Si non et Veios occupat ista domus.*

(3) El monte Citorio y el Testáceo.

naturaleza, son casi una imagen de los tiempos modernos.

Otras tres colinas (1), además de las siete famosas, dan á la ciudad de Roma un aspecto tan pintoresco, que quizá es la única que por sí misma, y en su propio recinto, ofrece los puntos de vista mas magníficos: hállase allí una mezcla tan notable de ruinas y de edificios, de campos y de despoblados que se puede mirar á Roma por todas partes, y ver siempre un hermoso cuadro en la perspectiva opuesta.

No podia cansarse Osvaldo de contemplar los vestigios de la antigua Roma, desde el sitio elevado del Capitolio, donde le habia llevado Corina: la lectura de la historia y las reflexiones que excita, no causan tanta impresion en nuestra alma, como aquellas piedras desordenadas, y aquellas ruinas mezcladas con las nuevas habitaciones. Los ojos son omnipotentes en el alma; despues de haber visto las ruinas romanas, se cree en los antiguos Romanos, como si se hubiese vivido en su tiempo; los recuerdos del entendimiento se adquieren con el estudio; pero los recuerdos de la imaginacion nacen de una impresion inmediata y mas íntima que da vida al pensamiento, y nos hace, por decirlo así, testigos de lo que aprendimos. Ciertamente importunan todas aquellas obras modernas, que vie-

(1) El Yanículo, el monte Vaticano y el monte Mario.

nen á mezclarse con reliquias antiguas: mas un pórtico en pié al lado de un humilde techo; columnas entre las cuales se han fabricado ventanitas de iglesias; un sepulcro, sirviendo de asilo á toda una familia rústica, producen no sé qué mezcla de ideas grandes y sencillas, no sé qué placer de descubrimiento, que inspira un continuo interes. Todo es comun, todo es prosaico en el exterior de la mayor parte de nuestras ciudades europeas, y Roma, mas frecuentemente que otra alguna, presenta el triste aspecto de la miseria y de la degradacion; pero de repente, una columna rompida, un bajo relieve medio destruido, unas piedras unidas al modo indestructible de los arquitectos antiguos, recuerdan que hay en el hombre un poder eterno, una centella divina, y que no debemos cansarnos de incitarla en nosotros y de reanimarla en los demas.

Aquel foro, cuyo recinto es tan estrecho, y que ha visto tantos portentos, es una prueba admirable de la grandeza moral del hombre. Cuando el orbe, en los postreros dias de Roma, yacia sumiso á señores sin gloria, se hallan siglos enteros, de que apenas ha podido salvar la historia algunos hechos; y aquel foro, breve espacio, centro de ciudad reducidísima entónces, y cuyos habitantes guerreaban en torno de ella por su territorio; aquel foro, ¿no ha ocupado, por los recuerdos que representa, á los genios mas superiores de todos tiempos? ¡Honor, pues, eterno honor á los pueblos animosos y libres,

pues que así cautivan las miradas de la posteridad!

Corina hizo advertir á lord Nelvil que se hallaban en Roma muy pocas reliquias de los tiempos republicanos : los acueductos, los canales subterráneos para dar corriente á las aguas, eran el único lujo de la república, y de los reyes que la precedieron ; solo nos quedan de ella edificios útiles, sepulcros levantados á la memoria de los grandes hombres, y algunos templos de ladrillo que subsisten todavía. Despues de la conquista de Sicilia empezaron á usar los Romanos, por primera vez, del mármol para sus monumentos ; pero basta ver los sitios donde se hicieron grandes acciones para sentir una conmocion imposible de definir. A esta disposicion del alma debe atribuirse el poder religioso de las peregrinaciones ; porque los países célebres en todas clases, aun despues de faltarles sus grandes hombres, y sus monumentos, tienen mucho poder sobre la imaginacion : ya no existe lo que heria la vista ; mas queda todavía el atractivo de su memoria.

Ya no se ve señal alguna en el foro de aquella famosa tribuna, desde donde la elocuencia gobernaba al pueblo romano ; hállanse todavía tres columnas de un templo levantado por Augusto en honor de Júpiter Tonante, cuando sin herirle cayó un rayo cerca de él, y un arco triunfal á Septimio Severo, que alzó el senado en galardon de sus hazañas. En el fróntis del arco estaban inscritos los nombres

de sus hijos, Caracala, y Geta ; mas despues que Caracala asesinó á Geta, hizo quitar su nombre, y aun se ven los vestigios de las letras arrancadas. Mas allá está un templo de Faustina, monumento de la ciega flaqueza de Marco Aurelio ; un templo á Vénus, que en tiempo de la república estaba consagrado á Pálas ; y un poco mas léjos las ruinas del templo dedicado al Sol y á la Luna, construido por el emperador Adriano, quien envidioso de Apolodoro, famoso arquitecto griego, le dió muerte por haber censurado las proporciones de su edificio.

Al lado opuesto de la plaza, se ven las ruinas de algunos monumentos consagrados á memorias mas nobles y mas puras : las columnas de un templo que segun se cree es el de Júpiter Stator, Júpiter que vedaba á los Romanos huir nunca de sus enemigos ; una columna, reliquia de un templo de Júpiter Guardian, colocada, segun dicen, no léjos del abismo en que se precipitó Curcio : las columnas de un templo levantado, en dictámen de unos, á la Concordia, en el de otros á la Victoria : ¿ acaso los pueblos conquistadores confunden estas dos ideas, y piensan que no puede existir verdadera paz sino cuando han sometido el universo ? Al extremo del monte Palatino se eleva el arco de triunfo dedicado á Tito por la conquista de Jerusalem : dícese que los Judíos que hay en Roma nunca pasan por debajo de este arco, y se enseña una sendita por donde van para evitarle. Es de desear, por honor de los Judíos,

que esta anécdota sea cierta; á largas desventuras convienen largos recuerdos.

Cerca de allí está el arco de Constantino, hermo-
seado con algunos bajos relieves arrancados del
foro de Trajano por los cristianos, que querian adornar
el monumento consagrado al *fundador del re-
poso*; así fué apellidado el emperador Constan-
tino. Las artes, en aquella época, estaban ya en
decadencia, y desnudaban á lo pasado para dar hon-
nor á las nuevas proezas. Aquellas puertas triun-
fales que aun se ven en Roma perpetuaban, en
cuanto pueden hacerlo los hombres, los honores
tributados á la gloria: habia encima de ellas un si-
tio destinado para los que tocaban la flauta y el
clarin, porque el vencedor, al pasar, se embriagase
juntamente con la música y con los aplausos, y dis-
frutase en un mismo punto de todas las conmociones
mas exaltadas.

Enfrente de aquellos arcos triunfales se encuen-
tran las ruinas del templo de la Paz, edificado por
Vespasiano; estaba tan cargado de adornos de
bronce y de oro en lo interior, que cuando le con-
sumió un incendio, corrieron hasta el foro lavas de
metales ardiendo. En fin, el coliseo, la ruina mas
hermosa de Roma, termina el noble recinto donde
comparece toda la historia: aquel soberbio edificio,
cuyas piedras solas, desnudas del oro, y de los me-
tales, subsisten todavía, sirvió de arena á los gla-
diadores que lidiaban con las fieras. Así entretenian

y engañaban al pueblo romano con violentas con-
mociones, cuando ya no pudieron elevarse los sen-
timientos naturales. Entrábase por dos puertas en
el coliseo, una consagrada á los vencedores, y otra
por donde sacaban los muertos (1). ¡Raro desprecio
de la especie humana, destinar anticipadamente la
muerte ó la vida del hombre al puro pasatiempo de
un espectáculo! Tito, el mejor de los emperadores,
dedicó este coliseo al pueblo romano; y aquellas
admirables ruinas llevan en sí tan bello carácter de
magnificencia y de genio, que casi causa ilusion
acerca de la verdadera grandeza, y hace conceder á
las obras maestras del arte la admiracion que sola-
mente se debe á los monumentos consagrados á ins-
tituciones generosas.

Osvaldo no se dejaba llevar de la admiracion que
Corina experimentaba: contemplando aquellas cua-
tro galerías, aquellos cuatro edificios, alzados unos
sobre otros, aquella mezcla de pompa y de vetustez,
que inspira á la par el respeto y el enternecimiento,
no veia, en aquellos lugares mas que el lujo del señor,
y la sangre de los esclavos, y se sentia prevenido
contra las bellas artes que no miran el objeto, y pro-
digan sus presentes á cualquiera que se las destine.
Corina procuraba combatir esta disposicion. — No
useis, dijo á lord Nelvil, del rigor de vuestros prin-
cipios de moral y de justicia en la contemplacion de
los monumentos de Italia; ya os lo he dicho, la

(1) Sana vivaria, sandapilaria.

mayor parte de ellos recuerdan el esplendor, la elegancia y el gusto de las formas antiguas, mas bien que la época de la virtud romana ; ¿pero no encontráis algun rastro de la grandeza moral de los primeros tiempos en el lujo giganteo de los monumentos que le han sucedido ? La misma degradacion de este pueblo romano es todavía majestuosa ; su luto por la libertad cubre de maravillas al orbe, y el genio de las bellezas ideales procura consolar al hombre de la dignidad real y verdadera que ha perdido. Mirad esos inmensos baños, abiertos á todos los que quieren disfrutar de las delicias orientales ; esos circos destinados á los elefantes, que venian á pelear con los tigres ; esos acueductos que hacian en un momento un lago de esas arenas, donde luchaban á su vez las galeras, donde se mostraban los cocodrilos, en el sitio mismo en que aparecieron un punto ántes los leones : ¡ hé aquí cuál fué el lujo de los Romanos, cuando pusieron en el lujo su orgullo !..... Esos obeliscos traídos de Egipto, y arrebatados á las sombras africanas, para venir á adornar los sepulcros de los Romanos ; ese pueblo de estatuas que existia otro tiempo en Roma no puede considerarse como la pompa fastuosa y vana de los déspotas del Asia ; es el genio romano, vencedor del mundo, á quien visten las artes con una forma exterior : y esta magnificencia tiene algo sobrenatural, que en su esplendor poético hace olvidar su origen y su objeto.

La elocuencia de Corina excitaba la admiracion de Osvaldo, sin convencerle : buscaba por todas partes un sentimiento moral, y no le bastaba toda la magia de las artes. Entónces se acordó Corina que en aquella misma arena habian muerto, víctimas de su constancia, los cristianos perseguidos ; y enseñando á lord Nelvil los altares levantados en honor de sus cenizas, y aquel camino de la cruz que siguen los penitentes al pié de las mas magnificas reliquias de la grandeza mundana, le preguntó si no decia nada á su corazon aquel polvo de los mártires. — Sí, exclamó él, admiro profundamente ese poder del alma y de la voluntad contra los dolores y contra la muerte : un sacrificio, sea cual fuere, es mas hermoso, y mas difícil que todos los movimientos del alma y del pensamiento. La fantasía exaltada puede producir los portentos del genio ; mas solo hay verdadera virtud, en quien se sacrifica por su opinion ó por sus sentimientos : solo entónces subyuga en nosotros al hombre mortal un poder del cielo. — Estas palabras nobles y puras alteraron, no obstante, á Corina : miró á lord Nelvil, luego bajó los ojos, y bien que en aquel momento asiese él su mano, y la estrechase contra su corazon, se estremeió de la idea de que un nombre semejante seria capaz de sacrificar á los demas y á sí mismo al culto de las opiniones, de los principios, ó de los deberes que hubiese escogido.